indio llamado Marcos. Por eso Ignacio Altamirano dijo: «El culto á la Guadalupana dejará de existir en México cuando haya desaparecido el último de los mexicanos.» ¿Y vamos á decir por esta idolatría á la virgen india, que México no tiene idea del verdadero Dios? Los pueblos circunvecinos de los Santuarios de Chalma, de los Remedios, del Sacromonte, de los Ángeles y de otros innumerables que dejaron esparcidos los misioneros, á raíz de la Conquista, en todo el territorio de la Nueva España, esos pueblos, repetimos, se levantarían en *guerra santa,* si se tratara de substituír las feas imágenes de los Santos que en sus templos son tan veneradas. Que Maxixcatzin creyera que el sol, la luna y todos los astros dejarían de enviarles su luz si consentía en el desacato que proponía Cortés, nada tiene de extraño. Los tlaxcaltecas, como todos los pueblos nahuas, eran politeístas, y adoraban á los astros; pero este culto no excluía la creencia en un ser supremo, creador de esos mismos astros, como se observa en sus teogonías.

Y no se diga que en México acaecerían tales rebeliones porque la masa de los pueblos es proveniente de los antiguos indios idólatras; no, lo mismo sucedería en la culta Francia y en la católica España. Si á la masa cristiana francesa se le propusiera la desaparición ó la substitución de la Virgen de Lourdes, ahogaría en las piscinas milagrosas del Santuario al que bajo cualquier forma intentara tamaño desacato. Si á los aragoneses, en España, se les hiciera la misma proposición acerca de la *Pilarica,* serían capaces de encender de nuevo los hornillos de la Inquisición para reducir á cenizas al autor de semejante idea. ¿Y vamos por esto á decir que en Francia y en España se desconoce la idea del verdadero Dios? Tuvo, pues, razón el P. Fábrega en querer deducir lo contrario de la opinión de Chavero.

Continúa diciendo Chavero que el P. Fábrega alega en pró de sus opiniones las palabras de la alocución de Nezahualpilli á Moteuczuma cuando éste fué elevado al señorío de México, las cuales son: «Dios Omnipotente y Creador,» pero Chavero dice que estas palabras las puso el cronista Acosta en su relación, adulterando el original de donde tomó la alocución, que es el CÓDICE RAMÍREZ, en el cual sólo se dice: «el alto y poderoso señor.» Estas palabras dan la idea de un dios supremo, y Acosta lo que hizo fué parafrasearlas para evidenciar más la idea. Hace observar Chavero que Nezahualpilli, en la misma alocución, amonesta á Moteuczuma que en la noche se salga á observar las estrellas para que conozca sus signos y sus influencias, y que tenga en cuenta el lucero de la mañana, y á su salida se bañe, se unja con el betún sagrado, y ofrezca incienso y sacrificios á los dioses. De todo esto deduce Chavero, que los mexicanos tenían una religión puramente materialista.

En cuanto á la observación de las estrellas para conocer sus signos y sus influencias, sólo diremos que los astrólogos de la Edad Media tenían la misma ocupación todas las noches y con el mismo objeto, y sin embargo, eran católicos, esto es, confesaban un dios espiritual. En cuanto á ofrecer incienso y sacrificios á

los dioses, ya hemos dicho que los indios eran politeístas, y si adoraban á los astros, este culto no excluía la idea de un Ser Supremo: el *Tloque-nahuaque.*

Continúa Chavero:

«Cuando en esto pienso, y observo que la deidad *Tloque Nahuaque* no está citada en los primeros cronistas, padres de nuestra Historia, antójaseme voz inventada después de la Conquista, como *teopixque* y otras, para expresar la idea del Dios cristiano. Que los primeros frailes y cronistas inventaron nuevas palabras mexicanas, para expresar ideas nuevas, de los indios desconocidas, se comprueba con el siguiente pasaje de Fábrega: «No se ha procurado transmitir el nombre mexicano antiguo, que debe expresar esta corrupción de la naturaleza propagada por vía de la generación; bien es que tenemos un vocablo *compuesto* por el P. Juan de Tovar, misionero Jesuíta nativo de Texcoco y perito en aquella lengua: es *tlacatuntiliztlatlacolli,* es decir, pecado origen de los pecados de los hombres.» Pues bien, cualquiera, si encuentra sin este antecedente esa palabra en algún libro mexicano del siglo XVI, creerá lógicamente que los indios tenían conocimiento del pecado original.

«Argumento más serio es la referencia hecha por Pomar á cantares antiguos. En efecto, hallamos el nombre de *Tloque Nahuaque* en el cantar VIII de la colección de Brington, quien lo traduce *la Causa de Todo.* En sus notas da Brington la siguiente interpretación de ese vocablo: «*In tloque in nahuaque:* esta expresión, aplicada por los antiguos nahuas á su más alta divinidad, está atribuída por algunos á Nezahualcoyotl; se compone de dos postposiciones: *tloc* y *nahuac,* que unidas dan la idea de *aquel á quien están presentes y en quien están inmanentes todas las cosas que tienen vida....* Este epíteto se aplicaba en los tiempos antiguos á la suprema divinidad *Tonacateotl:* Véase el CODEX TELLERIANO-REMENSE en Kingsborough, vol. V, página 107.» Según esta interpretación, la voz *Tloque Nahuaque* expresaría una idea espiritual. A su vez Remí Siméon la traduce: «*el que está cerca de las cosas,*» lo cual también presentaría una concepción inmaterial.

«Pero si el argumento de los cantares impresiona á primera vista, no deja por eso de ser especioso. Desde luego es dudosa la autenticidad de tales poesías, ó más bien, han llegado á nosotros adulteradas, y en ellas están mezcladas las nuevas ideas europeas á las viejas indias. Los cantares se transmitían de memoria en el *Calmecac;* y Sahagún nos cuenta cómo en él enseñaban á los muchachos «todos los versos de cantos para cantar, que se llamaban cantos divinos, los cuales versos estaban escritos en sus libros por caracteres.» No se conserva ni se conoce ninguno de estos libros jeroglíficos: cuando los cantares se escribieron con la escritura europea después de la Conquista, ó fueron obras posteriores, imitaciones de las antiguas, ó reminiscencias de éstas con adulteraciones de ideas y de palabras nuevas. El mismo Mr. Brington, después de citar mi opinión contraria á la autenticidad absoluta de los cantares, conviene en que la final decisión sobre su antigüedad, resultará de

un examen especial de los pensamientos que encierran y del lenguaje conque están expresados; y que se observa en algunos cantares, á su juicio anteriores á la Conquista, la introducción de alusiones posteriores, hechas por quienes los escribieron, para no aparecer sospechosos de heréticos.

«Después de estas frases de Brington, crece la sospecha de que haya sido introducido en los cantares como neologismo el vocablo *Tloque Nahuaque*. Parece confirmarlo la traducción que le da Molina, quien es, sin duda, la mayor autoridad conocida para la buena interpretación de la lengua nahuatl. En su vocabulario de 1571 dice: « *Tloque Nahuaque*. Cabe quien está el ser de todas las cosas, conservándolas y sustentándolas: y dízese de nuestro señor dios.» No puede ser esto más claro en boca de un fraile cristiano: dícese de nuestro señor dios, no del dios de los indios idólatras, sino del dios que adoraba Molina. El fraile francisco jamás habría llamado nuestro señor dios á una deidad pagana, aun cuando hubiese sido concepción espiritual y elevadísima.

«¿Pero cómo y cuándo se introdujo este nuevo vocablo? Tras largas investigaciones hemos creído encontrarlo al fin. En un escritor anterior á Molina, en la gramática mexicana del P. Olmos, hallamos por primera vez la palabra *Tloque Nahuaque*. En el capítulo octavo trata el autor de las formas metafóricas del mexicano; y al efecto pone frases castellanas, y en seguida de cada una su traducción en dicha forma metafórica. Estas frases son ejemplos para aprender bien el mexicano, y sus ideas no corresponden, por lo mismo, á antiguas de los indios, sino á las que querían expresar los españoles en este idioma: v. g. «La Iglesia de Dios es reverenciada, donde está todo el bien y se oye la consolación del ánima.» «Prometiónos Dios la gracia, si lo obedecemos.» «Levantóle el Señor y sublimóle no siendo nada.» «Ab eterno sabe Dios y tiene determinado lo que ha de ser de cada uno y lo que le ha de dar.» Pues bien: entre estas frases de sentido cristiano indiscutible, y que no corresponden á la ideología de los indios, se encuentra la siguiente: «Dios señor y creador y gobernador de todo, que ensalza y humilla.» Para traducir esto metafóricamente, emplea Olmos nada menos de cuarenta y tres palabras. Las primeras son *Tloque Nahuaque*. Desde entonces quedaron para expresar la idea de divinidad. Los cronistas de segunda mano las encontraron ya hechas, y las aplicaron á las deidades indias. Y, en fin, Ixtlilxochitl dióles por inventor á Nezahualcoyotl, en su ahinco de mostrarlo como personaje extraordinario.»

No negamos que los primeros cronistas y frailes inventaron nuevas palabras mexicanas para expresar ideas nuevas, de los indios desconocidas, como era la idea del Dios cristiano; pero no creemos que entre esos neologismos se encuentre *Tloque Nahuaque*. Si, pues, inventó la palabra Nezahualcoyotl, debe tenerse como vocablo anterior á la Conquista, mientras no se demuestre de una manera indudable que no fué inventado por el rey acolhua. Ya hemos visto que la prueba que aduce Chavero es muy débil, pues

el ahinco que le atribuye á Ixtlilxochitl de hacer aparecer á Nezahualcoyotl como hombre extraordinario, podría haberle inspirado la idea de que había proclamado al dios verdadero, pero no la de ponerle un nombre que había de saber que había sido formado después de la Conquista. Hace Chavero tal hincapié en este argumento, que señala como autor del neologismo al P. Olmos, fundándose en que en la *Gramática Mexicana* pone ejemplos del lenguaje metafórico, y entre ellos pone una frase en que se encuentra el vocablo *Tloquenahuaque*. No todos esos ejemplos entrañan neologismos, sino que los pone el P. Olmos para dar á conocer las excelencias del idioma nahuatl, con cuyo vocabulario y con cuyos giros se podrían expresar las ideas más abstractas de la nueva religión. Además, es tan alta la concepción que envuelve el nombre de *Tloquenahuaque*, y tan rara su estructura, dos preposiciones en *plural*, que no creemos que haya sido formada por Olmos, ni por ningún otro misionero ó cronista, sino por un profundo filólogo indio, como se cree que lo fué Nezahualcoyotl. Dice Chavero que los primeros cronistas no emplearon la palabra *Tloquenahaque*, porque todavía no había sido inventada. No, no es esa la razón. Era tan culta, tan metafísica, tan singular esa palabra, que sólo la han de haber empleado en el lenguaje hierático y poético, que no estaba al alcance del vulgo, sino de los sacerdotes y de los poetas. Debe haber sucedido con esta palabra lo que con el nombre *Jeovah* con que designaban á Dios los judíos ó israelitas, que, en su origen, no fué, según los exégetas, más que el conjunto de las cinco vocales i e o u a, palabra que no podía significar otra cosa más que á Dios, y que sólo podía pronunciarse por los levitas y con grandes ceremonias.

El argumento más fuerte en que apoya su tesis Chavero, es, sin duda, lo que dice Molina en su Vocabulario, quien, después de dar la significación de *Tloque Nahuaque*, agrega: «.....dizese de ntro. señor dios.» Con estas palabras lo que parece que se da á entender es que el nombre fué inventado para aplicarlo exclusivamente al dios de los cristianos; pero no lo creemos así; lo que sucedió fué que los misioneros no encontraron en el nahuatl palabra más propia para dar á conocer á los indios al verdadero dios, y la adoptaron y emplearon después exclusivamente para hablar del dios cristiano. Es verdad que los primeros cronistas no emplearon el *Tloquenahuaque* para significar al dios ó dioses de los mexicanos; pero si no usaron la palabra, sí emplearon su significación; así vemos en Sahagún que dice: «.....Tambien conocian, sabian y decian, que habia doce cielos, donde en el más alto estaba el *gran Señor* y su muger: á aquel le llamaban *Ometecutli*, que quiere decir dos veces Señor, y á su compañera le llamaban *Omecioatl*, que quiere decir dos veces Señora, los cuales dos así se llamaban, para dar á entender que ambos enseñoreaban sobre los doce cielos, y sobre la tierra. Decian que de aquel gran Señor dependia el ser de todas las cosas, y que por su mandado, de allá venía la influencia y calor, con que se engendraban los niños ó niñas en el vientre de sus madres.»

(Véase al principio de este artículo nuestro comentario al pasaje preinserto.)

No es para Chavero argumento de gran fuerza contra su opinión, el que se desprenda del hecho de que en los antiguos cantos de los indios, anteriores á la Conquista, se encuentre el nombre *Tloque Nahuaque* aplicado al Ser Supremo, pues dice que aún suponiendo que los cantos fueran auténticos, al coleccionarlos los frailes los adulteraron introduciendo en ellos nuevas palabras é ideas europeas sobre la Divinidad y entre esas palabras está la de *Tloquenahuaque*.

Brington, el traductor inglés de algunos de esos cantos, confiesa que fueron adulterados por los frailes al transcribirlos con el alfabeto europeo, pero sin que perdieran su fondo original de poesía y de ideal religioso que los distingue y caracteriza como obra literaria de los antigüos tiempos. Habiendo sido inventada la voz *Tloquenahuaque*—dice Chavero—por Olmos, escritor posterior á la Conquista, no pudo encontrarse en los cantos, anteriores; así es que fué introducida en ellos por el fraile colector ó por otro cualquiera. Ya hemos visto que este razonamiento de Chavero no tiene la fuerza demostrativa que él le atribuye.

No sólo la palabra *Tloquenahuaque* es la que da idea en los antiguos cantos de un dios espiritual, sino los altos pensamientos que en ellos campean sobre la virtud, sobre anhelos del corazón y sobre la existencia de otro mundo, cosas todas que no pueden referirse al *Fuego*, sino á un dios inmaterial; y ninguno de los frailes de aquella época juzgará por los escritos, que nos han dejado, era capaz de llevar á cabo tan ímproba como hermosa labor.

Para que el lector se forme una idea, aunque imperfecta, de la índole de los *Antiguos Cantos Mexicanos*, insertamos á continuación la paráfrasis que hemos hecho del canto primero, que en el original nahuatl se llama *Cuica Peuhcayotl*. Principio de los cantos:

PARÁFRASIS.

I

Mi ardiente anhelo, mi pesar profundo
Es encontrar un sitio donde pueda
Cortar hermosas y fragantes flores.
¿A quién preguntaré? ¿quién mi deseo
Podrá cumplir con su respuesta sabia?
Imaginaos que mi pregunta llevo
Al pájaro que zumba en los jardines,
Esmeralda tremante de los aires,
Al hermoso y brillante colibrí;
Imaginaos también que yo interrogo
A la ágil y dorada mariposa;
Mas ellos me dirán: «Sabemos donde
«Fragantes flores recoger podrás
«Si tú las buscas en el bosque obscuro
«Do florece el laurel, donde el *tzinitzcan*,
«Alegre mora, ó si tomarlas quieres
«En la selva do vive el *tlauquechool*,»
Allí, al cortarlas, mojarán mi mano
Las claras gotas de sutil rocío;
Allí las flores estarán crecidas,
Mis ojos las verán, si ya brotaron,
En mi halda las pondré, y presuroso,
Saludaré con ellas á los niños
Y llenaré á los nobles de alegría.

II

Al vagar en el bosque casi escucho
Que al dulce canto de las flores bellas
Responden con su voz las mudas rocas;
Y que las aguas, que lucientes corren
Y que murmuran en la suave arena,
Les responden también; y que la fuente
Canta, se estrella, y á cantar retorna;
Y que el *centzontli*, en la enramada umbría,
En concierto vibrante y melodioso

Con el agreste y fiero *coyatotolt*,
En dulce canto les suele contestar;
Y escucho con placer aves canoras
Que esparcen en redor dulces gorjeos
Con que bendicen á la buena tierra.

III

Entonces exclamé:—Oh mis amados,
El vuelo detened por escucharme,
No os cause pena; venid á oírme,
Pájaros que zumbáis en la floresta.
—¿A quién se ha de buscar, noble poeta?
Yo les pregunto:— ¿las fragantes flores
Con que pueda alegrar á mis amigos,
En dónde están, dónde podré buscarlas?
En suave canto me responden ellas:
—Aquí, oh cantor, te enseñaremos presto
Con lo que puedas verdaderamente
A los nobles, tus buenos compañeros,
Causar placer, y su ánimo alegrar.

IV

Al fértil sitio de un ameno valle
Me conduron ejellas con presteza;
Un sitio floreciente, do el rocío
Con brillante esplendor se esparce en torno;
Allí ví varias perfumadas flores,
Muy dulces, empapadas de rocío,
Y como arco-iris en redor dispuestas
«Arranca—me dijeron—las que quieras;
«Plegue al cielo, oh cantor, que ellas te ale-
(gren
«Y haz con ellas ofrenda á tus amigos
«Que regocijo encuentren en la tierra.»

V

En mi halda coloqué preciosas flores,
Delicadas y dulces, deliciosas;
Y dije para mí:—«¡Cómo no se hallan
«En este sitio gentes de mi pueblo!
«¡Si estuvieran aquí!»—Y entonces quise
A su encuentro salir para anunciarles
Que grató regocijo encontrarían
Con las variadas y olorosas flores;
Que podrían escoger muy dulces cantos
Y en la tierra alegrar á los amigos,
Y á los grandes y nobles solazar.

VI

Y luego, yo el cantor, todas las flores
Del sitio recogí, para ponerlas
En la cabeza de los grandes nobles,
Y cubrirlos con ellas, y en sus manos
Graciosos ramilletes colocarles.
Presuroso me alcé, y un canto digno
Entoné con mi voz, glorificando
A los grandes y nobles de la tierra
Ante la faz del Hacedor Supremo,
Donde no se conoce servidumbre

VII

¿Dónde podré cortar las bellas flores?
¿Cómo llegar á la florida tierra,
A la tierra fecunda do no hay siervos,
Donde es desconocida la aflicción?
Si aquí logramos encontrar el sitio,
Es cuando el alma se somete á Dios.
Aquí en la tierra se entristece mi alma,
Y se conturba de dolor punzante,
Cuando yo, mísero cantor, recuerdo
Que mi planta posé, solo, en el sitio
Donde se cortan las fragantes flores.
Y exclamé con dolor:—«No está en la tierra
«El bello sitio de olorosas flores
«Extraña es la región de la alegría.
«¿Qué encontramos en la tierra bueno?
«¡Otra vida, en verdad, hay mas allá!
«Que el cielo me conceda la ventura
«De vivir más allá, donde los pájaros
«Nos dejen escuchar su dulce canto;
«Donde se aprende á conocer las flores,
«Las dulces flores, deliciosas, buenas,
«Que blandamente pueden embriagar.»

El americanista Brington hace del canto anterior el siguiente análisis:

«El canto es una alegoría que retrata la vida interior del poeta. Por las flores que supone buscar, debe entenderse los cantos que desea componer. Pregúntase á sí mismo dónde hay que buscar la inspiración poética, y la respuesta es la misma dada por Wordsworth, que es en las grandes y bellas escenas de la naturaleza á donde el poeta debe dirigirse para elevar su espíritu á las más encumbradas alturas del arte. Pero esta exaltación trae consigo la honda pena, de hacer per-

der su encanto á las alegrías ordinarias. Como en los cuentos de la Edad Media, el que una vez era admitido en el país de las hadas, no volvía á sentir el deseo de volver allí, así el poeta aspira á otras condiciones de existencia, donde el espíritu divino del canto le eleve para siempre sobre las pruebas y mezquindades de la vida terrenal.»

Después de este delicado análisis añade Mr. Brington: «No hay ningún «signo de influencia en este poema, «y probablemente procede de un «origen anterior á la Conquista.» Después del análisis que del canto hace el distinguido americanista, y de su explícita aseveración de que en el principio de los cantos *no hay ningún signo de influencia cristiana,* ¿podrá concederse algún valor á la argumentación de Chavero con que pretende probar que los indios no tuvieron idea de un dios inmaterial?

Aquí deberíamos poner término á las objeciones que hemos opuesto á la doctrina de Chavero; pero aduce nuevos argumentos, después de expresar su convicción de que ha probado completamente que los mexicanos tenían por Dios Creador al Fuego, y esos nuevos argumentos deben contestarse, porque tienen apariencia de verdad.

Dice Chavero:

«Tuvieron, pues, los mexicas, y creo haberlo comprobado suficientemente, por dios creador al elemento material fuego, al cual llamaban *Xiuhtecuhtlitletl;* y por comprender la generación sino por medio de un par, decíanle también *Ometecuhtli.* Este era el dios antiguo, el primero, el *Huehueteotl.*»

Nunca tuvieron los mexicanos á *Xiuhtecutlitletl* como dios supremo, pero ni como uno de los dioses mayores. El P. Sahagún, en el capítulo XIII del libro 1.º pone este rubro: «Que trata de los dioses que son «MENORES en dignidad que los arri- «ba dichos, y el primero de estos «es, el que llaman XIUHTECUTLI: es «otro *Vulcano.*»

Con este pasaje de Sahagún queda demostrado que el *Fuego* no sólo no era el primero, pero ni el último de los primeros dioses. ¿Podía habérsele ocultado á Sahagún, que habló con los viejos mexicanos, la preeminencia del dios, si realmente la hubiera tenido?

Hemos visto que Sahagún habla de *Ometecutli* como de la deidad suprema, y acabamos de ver que, en su concepto, *Xiuhtecutli* era uno de los dioses inferiores; luego no pueden ser una misma individualidad *Ometecutli* y *Xiuhtecutli,* como lo cree Chavero.

Tratando de reforzar su tesis, continúa diciendo Chavero:

«¿Pero pudieron los indios formarse desde luego esta creencia, la cual supone ya una abstracción de espíritus adelantados? La historia nos responde que no. Los chichimecas tenían por dios y padre al sol; y cuando llegaron al Valle del Anahuac, no sabían hacer fuego, vivían de la caza y comían la carne cruda. En la reciente expedición hecha por nuestro colega el P. Gerste, á las montañas de la Taraumara, en donde viven todavía los indios la vida troglodita primitiva, encontró como deidades de aquellas tribus al sol padre y á la tierra madre

«El fuego del sol y el fuego del hogar, esos dos grandes elementos de la vida, debieron crear el culto del

fuego allá en las estufas de las casas grandes. Por abstracción natural y lógica, formaron su primera deidad del elemento fuego. Él daba su calor al sol, su luz á los astros y su vida á la tierra: el fuego fué el dios creador.

«Pero si alguna duda nos quedara, el mismo CÓDICE VATICANO nos la resolvería. Por regla general, las deidades mexicas se distinguen por sus atributos bien conocidos, sin que se les agregue, como cuando de personas ó de lugares se trata, el signo jeroglífico de su nombre. Como excepción, una de las figuras de *Quetzalcoatl* lleva á la espalda, unido por una línea, para denotar que á ella se refiere, el signo *ce acatl,* el cual es uno de sus nombres. En los jeroglíficos esa línea une el nombre á la persona. Pues bien, en la lámina I del CÓDICE VATICANO, hay un signo jeroglífico unido por tal línea á la figura del dios creador: luego expresa su nombre. El signo es una corona ó *copilli* azul y verde: ambos colores corresponden en mexicano á la palabra *xihuitl;* y el *copilli* en la lectura jeroglífica, como en el nombre de Moctezuma, da la voz *tecuhtli.* Por lo tanto, este signo nos da completamente la voz *Xiuhtecuhtli.* No puede, pues, caber duda: los mexicas tenían por dios creador al fuego.»

Los indios semisalvajes, como los chichimecas que vinieron al Valle de Anahuac, y los salvajes, como los que moraban en las fronteras de la Nueva España, no pudieron formarse la creencia del dios inmaterial; pero los indios civilizados que formaron naciones, como los toltecas, los acolhuas y los mexicanos sí pudieron formársela, pues tuvieron altísimas abstracciones de espíritu, como lo revelan su idioma, sus plegarias y sus cantos. Ya hemos dicho que esos pueblos, como politeístas, adoraban á los elementos y á los astros; pero sin que á ninguno de estos dioses lo consideraran como el Creador. Al Fuego, como elemento, lo temían—dice Sahagún—porque los quemaba, y lo amaban porque les guisaba sus viandas. Al sol lo adoraban no como representación esplendente del fuego, sino como autor de la vida en la tierra, y nunca le daban alguno de los nombres del fuego, sino el suyo propio, *Tonatiuh* (V.), y, sin embargo de esa gran adoración, no lo juzgaban como dios Creador, sino como creatura; y así vemos en las cosmogonías que los primeros dioses, hijos de *Omeyotl,* lo creador, y después los mismos dioses se convirtieron en sol, y, por último, un buboso. *Nanahualzin* (V.), fué el último sol, creado en Teteohuacan. (V.)

La pintura del CÓDICE VATICANO está muy lejos de resolver, como dice Chavero, la última duda, y antes bien revela que el dios creador es *Ometecutli,* el cual, según hemos visto, es distinto de *Xiutecutli.* El *copilli* ó corona real es el jeroglífico ideográfico de *tecutli,* «señor,» pero los colores azul y verde no son símbolos del fuego. Sólo los pirotécnicos producen flamas y chispas azules y verdes. El símbolo natural del fuego es el color rojo y lo ha sido siempre. Si el *copilli* de la pintura del Vaticano fuera rojo, podría aceptarse la idea de Chavero. Los colores azul y verde del *copilli* representan en la pintura al cielo y á la tierra; al cielo, por ser azul, y á la tierra, por ser verde por la vege-